

¿Confinados o conformados?

Por Ulbina Cotes Ibarra



“Educar virtual me ha enseñado un nuevo vocabulario: ya no digo cállense, sino desactiven sus audios muchachos.”

Docente – Catedrática
Departamento de Estudios Generales
e Idiomas.

Jamás pensé que mis estudiantes estarían compactados en mi pc. Ni que mi salón de clase fuese la sala, el comedor o cualquier lado de mi casa donde la iluminación y el internet, sea mejor. Ni que en plena clase le diría a mis hijos, bajen la voz. Indiscutiblemente, traer el salón de clases a la casa, no ha sido una

tarea fácil.

A raíz del Covid- 19 me ha tocado aprender y explorar distintas formas de enseñanzas, dando siempre lo mejor de mí, de esa docente que disfrutaba su clase presencial y que el interactuar con los chicos me alegraban aún más la vida. Pero, si, estamos en Pandemia y es una realidad que no puedo desconocer. Al comienzo, orientar una clase virtual, me ponía nerviosa: se

“caía” el internet, sudaba, pensaba que no me daba a entender a los muchachos, que no me escuchaban, porque entre otras cosas, dar clases virtuales es como si le estuvieras hablando a la pared. Día tras día, clase tras clase fui superando cada una de mis debilidades y hoy, puedo decir, disfruto de cada reunión que tengo con mis chicos. Lo que antes me asustaba, se ha convertido en una fortaleza:

si se va el internet, espero que se reestablezca, y mis estudiantes me esperan, no se desconectan. Lo mismo hago cuando a ellos les ocurre. Me esfuerzo en practicar la función fática del lenguaje con expresiones tales como: ¿Me hice entender?, Jóvenes, ¿me están escuchando? Pregunto por el que no veo en la pantalla y a veces les refiero un chiste solo para escucharles su risa. Una anécdota especial me ocurrió un día, antes de empezar mi clase. Sin darme cuenta de que el micrófono lo tenía encendido y la cámara desactivada, empecé a orar para poner en manos de Dios mi jornada laboral. Mi sorpresa fue que una vez terminé la oración, una estudiante me dice amén profe, la estaba escuchando. Me puse fría, nerviosa, pensé que estaba sola. Le pedí disculpa y me dijo: "profe, no se preocupe, a mí también me gusta orar y mientras usted lo hacía yo también". Suspiré y eso me dio un parte de tranquilidad. Han sido muchas experiencias significativas en este proceso que me dejarán grandes enseñanzas: más pasión y amor por lo que hago, valorar mucho más a mis estudiantes, mi trabajo, comprender que a pesar de que estemos atravesando la misma tormenta, todos estamos en barcas diferentes, viviendo experiencias excepcionales.

Educar virtual me ha enseñado un nuevo vocabulario: ya no digo cállense, sino desactiven

sus audios muchachos. El indisciplinado no es el que más molesta sino el que tiene su micrófono encendido durante el desarrollo de la clase lo cual genera interferencia. Antes me trasladaba de salón en salón buscando a mis estudiantes, ahora son ellos los que me buscan y encuentran por Teams. Al preguntarle a un estudiante y no responder inmediatamente, ya no pienso que no sabe la respuesta, sino que se desconectó. Soy más amigable que antes, más práctica, más estratégica. Ofrezco más oportunidades a mis estudiantes para que se nivelen, para que comprendan. Más intuitiva. Y mi voz, trato de moldearla constantemente, para que cuando ellos entren a la clase, puedan sentir apoyo, ánimo y alegría. Todo un gran esfuerzo para llegar a ellos.

Pero extraño la clase presencial, el contacto físico con mis estudiantes, mirarlos sus ojos, establecer con ellos una conversación. Que me pregunten, que me animen cada hora de clase con un chiste, un aporte o, simplemente un despiste. Eso, no tiene precio. Solo pude compartir con ellos mes y medio, tiempo insuficiente para conocerlos completamente, sin embargo, estoy agradecida por las diferentes plataformas que me han permitido tener un contacto con ellos, que espero sea temporal.

Me pongo a pensar el día que se acabe la cuarentena

y regresemos a clases.

¿Cómo será ese proceso de adaptación? ¿Me confundiré con la nueva terminología que aprendí orientando una clase virtual? En vez de decirles, chicos miren al tablero, les diré: les voy a compartir pantalla... Sería como volver a empezar, pero de lo que si estoy segura es que jamás una clase virtual, por más de que me haya adaptado, reemplazará la presencial. Definitivamente hoy valoro mi profesión, me atrevería a decir que nos reinventamos rápidamente la forma de trabajar. De un día para otro dejamos de ser docentes presenciales y pasamos automáticamente a la virtualidad. Solo personas amantes y comprometidas con lo que hacen asumieron este gran reto, y este gremio es el MAGISTERIO. Soy feliz de ser docente. Siento que en mis manos hay una gran siembra y en ella, un semillero que en su momento dará fruto y fruto en abundancia. Y qué grato es escuchar a los muchachos: "es que todo lo que hoy sé, se lo debo a mi maestro".

Nota del Autor: Feliz día del maestro a mi amada hija, Fhara Iguarán Cotes, a todos mis compañeros, amigos, estudiantes docentes, que Dios me los continúe bendiciendo y llene sus vidas de su amor y pasión. 🙏